

prisa me voy a quedar con las ganas de ver cómo es el resto de la casa... ¡Vamos primero al jardín!

Rápidamente abandonó la habitación y salió corriendo escaleras abajo... Bueno, no precisamente corriendo, sino de una nueva forma, un nuevo sistema de bajar escaleras del modo más rápido y fácil, cosa que no pudo menos de reconocer. Puso las puntas de sus deditos sobre el pasamano y levantando los pies, sin tocar el suelo, deslizóse flotando hasta el vestíbulo, por el que dió unas cuantas vueltas en idéntica posición, y hubiese salido a la calle de no aferrarse al marco de la puerta. Ya empezaba a sentirse aturdida de tanto paseito por el aire, por eso experimentó una gran satisfacción al verse de nuevo en el suelo, caminando con sus propios piecitos.

CAPÍTULO II

EL JARDIN VIVIENTE

—Podría ver el jardín mucho mejor —pensó Alicia—, si alcanzara la cima de aquella colina. He aquí un camino que conduce derecho a ella... al menos... ¡No, pues no va! —. Y anduvo un buen trecho metiéndose por unos cuantos recodos y encrucijadas —. Me figuro que el final de todo este laberinto desemboca en esa dichosa loma. ¡Qué curiosos recovecos! ¡Parece un sacacorchos, no un camino! Supongo que *esta* vuelta va al cerro... ¡Pero no!... ¡Va hacia la casa, como todas!... Voy a probar el otro camino.

Así lo hizo; anduvo de aquí para allá, subiendo cuestas, bajando pendientes, pero todos los caminos la lle-



vaban a su casa. Y hasta una de las veces, al doblar un recodo con un poquito más de velocidad que la normal, llegó corriendo hasta su puerta antes de que pudiera detenerse.

—¡Es inútil que hablemos de este asunto tan pronto! —dijo Alicia lanzando una mirada desdeñosa a la fachada, desde las tejas a la vereda, e imaginando que

